

MARÍA, MADRE DE DIOS

Hemos reflexionado, de acuerdo con la doctrina de la Iglesia, sobre el comienzo bienaventurado de la santísima Virgen. Y hemos dicho que, rodeada por la gracia de Dios que la predestinaba a ser madre del Salvador, fue llena de esa vida divina que llamamos gracia justificante, y preservada de ese pecado que se nos transmite a todos desde Adán.

La doctrina de la Iglesia no sabe nada acerca de la vida de María, desde el comienzo de su existencia hasta el día en que el ángel le trajo el mensaje del cielo. Constituye para nosotros un misterio de Dios todo lo que la Virgen, a partir de su bienaventurado comienzo, de su gracia, hizo y sufrió hasta el día en que la saludó el ángel. No debió suceder nada extraordinario, pues la gracia de Dios no suele presentarse con el brillo del fausto humano, sino que se realiza las más de las veces, bajo una forma común y humilde; de suerte que una vida semejante acoge las disposiciones de Dios y lo cotidiano como si no pudiera suceder de otra manera, y de este modo sirve a Dios en la fe y en el amor con una incondicionalidad que convierte la vulgaridad cotidiana en una auténtica manifestación del don de la gracia celestial.

Vamos a considerar ahora cómo esta Virgen santa llegó a ser la madre de Jesucristo, nuestro Señor y Salvador. María, madre de Dios es, por tanto, el tema de nuestra consideración. En el grado progresivo de reflexión teológica en que la Iglesia se iba haciendo consciente,

comprendía y proclamaba la filiación divina de Jesús, su Señor y Salvador, en esa misma medida era consciente la Iglesia desde su comienzo de la maternidad divina de María, la madre de Jesús, Dios y hombre verdadero.

Lo que la Iglesia reconocía desde el principio en las palabras «nació de la virgen María», como tradición de fe apostólica, lo definió solemnemente con el concepto, ya entonces tradicional, de maternidad divina, el Concilio de Éfeso del año 431.

Hoy todavía se sigue preguntando a los cristianos de todas las confesiones si reconocen la maternidad divina de la Virgen –como lo hacen la tradición en su totalidad y aun los reformados del siglo XVI–, y no se puede hablar de verdadero cristianismo, de un cristianismo que crea verdaderamente en la venida de Dios mismo hecho carne, si no se concede valor a este artículo de fe, de los más antiguos de la mariología, o si se le deja a un lado tímidamente. Es evidente que no podremos expresar aquí sino muy poco de lo que este misterio de fe nos sugiere, pues él solo incluye la totalidad de la doctrina cristiana.

Cuando consultamos la Sagrada Escritura acerca del misterio que queremos considerar ahora, quedamos sorprendidos: no nos transmite tanto la dignidad de María en función del hecho de su maternidad corporal con respecto a Jesús (aunque naturalmente esto también queda relatado), no nos dice tanto que María es madre de Dios como consecuencia de un acontecimiento físico, sino que nos narra más bien directamente el acto de María en el que se manifiesta toda su significación y dignidad. Lucas contempla la grandeza y significación de la santísima Virgen no tanto en el hecho de que ella sea madre de Dios, sino que nos presenta a esa Virgen santa, bendita entre todas las mujeres precisamente por el «sí» de su fe

obediente.

Naturalmente, ese «sí» de la fe tiene su grandeza y adquiere su significación salvífica del objeto al que está referido: la maternidad divina. Pero dado que esta maternidad divina es narrada, desde el principio, no como un puro y simple acontecimiento biológico, sino como un convertirse en madre por un acto libre y personal, por un acto de fe, lleno de gracia, por ello todo este proceso misterioso se encuentra excluido desde su comienzo de un destino meramente privado, de una relación puramente biográfica de María con su hijo Jesús, y por tanto queda insertado en la historia de la fe y de la salvación. María aparece de esta manera como una figura del plan salvífico, semejante a Abraham y a otros personajes surgidos en el diálogo histórico entre Dios y la humanidad, de cuyas decisiones ha dependido nuestra salvación, y que son como el fundamento sobre el que estamos edificados.

La Escritura nos informa en términos sencillísimos: He aquí que hubo un ser humano, al cual se acercó un ángel con un mensaje incomprensible, y ese ser humano dijo incondicional y simplemente: «Hágase en mí según tu palabra.» Por esta respuesta de la Virgen el Hijo del Padre eterno descendió a este mundo, a nuestra carne, a nuestra historia; Dios asumió para siempre el mundo en la carne de su Hijo. Y todo eso aconteció por el hecho de que María por el sí de su fe se convirtió en la madre de Dios.

En el relato de la Sagrada Escritura María es introducida inmediatamente y desde el principio por su maternidad divina en ese enorme e inconcebible drama que se lleva a cabo entre el Dios eterno y este mundo con su humanidad única. Si queremos comprender o, por lo menos, entrever qué es lo que significa la aserción de la fe que: nos dice que ella es madre de Dios, la madre del

Verbo, del eterno Padre que se ha hecho carne, no podremos considerar esta maternidad como meramente corporal, sino que la deberemos considerar, en la historia de la salvación, como un acto libre y personal de su fe; y por tanto debemos reflexionar un poco en el significado, preciso de lo que decimos cuando, llenos de fe, doblamos nuestra rodilla, confesando: «Y el Verbo se hizo carne.»

Dios ha creado el mundo; éste es obra suya. Por tanto, todo pertenece a Dios, puesto que todo lo que hay en el cielo y en la tierra, todo lo que existe fuera de Él es la obra de su voluntad omnipotente y una débil expresión de su esencia eterna. Pero este mundo de Dios puede, o bien permanecer a una distancia infinita de ese mismo Dios, o bien ser atraído por Él totalmente a su propia vida divina. De estas dos posibilidades que han de conferir al conjunto total su sentido último, ¿cuál es la que se realiza? La sola creación del mundo no lo dice todavía claramente y, por tanto, no es éste el punto de vista desde el que se puede descubrir su sentido; sino que únicamente puede decidirse por la marcha de su historia, si vemos las cosas desde aquí abajo.

Dios ha creado un mundo libre, de seres personales, ángeles y hombres. Y ésta es la razón por la que se desarrolla un drama entre Dios y el mundo. Pues Dios no es el único que actúa, no es quien lleva a cabo por sí solo el drama de la historia del mundo, sirviéndose de marionetas: Dios es aquel cuya omnipotencia inconcebible consiste precisamente en que puede dar a su criatura en una libertad efectiva, propia. De esta manera se instaura en la historia del mundo, con toda realidad, un prodigioso diálogo entre Dios libre y el hombre libre.

Pero he aquí lo más asombroso: visto desde el lado de Dios este diálogo permanece siempre auténticamente

abierto. El hombre puede actuar con libertad; mientras dura su historia puede tomar, a partir de las posibilidades finitas de su libertad, posiciones siempre nuevas como respuesta a la acción de Dios. Pero Dios, ante lo que el hombre efectúa con sus posibilidades finitas, ante el modo como el hombre utiliza su libertad, puede responder de mil maneras porque Él es el infinito, el que siempre tiene ilimitadas posibilidades que le permiten responder a las actuaciones de la criatura de una manera inconcebible, insondable e inalcanzable para nosotros.

Por nosotros mismos no sabemos con exactitud cómo se va a comportar este Dios infinito respecto a nosotros, aun después de haber experimentado en nuestra vida una determinada forma de actuación de Dios; no podemos deducir de ella un principio general por el que deba regirse Dios para actuar en otro momento de nuestra existencia. ¿Cómo podríamos saber, por nosotros mismos, si Él quiere ser para nosotros justicia aniquiladora o misericordia inconmensurable, si nos habría de lanzar a nosotros, una criatura surgida de la nada, a una distancia infinita, lejos de Él como para girar en círculos inconmensurables alrededor de ese sol lejano y primordial de la realidad, o si quiere que esa criatura, asumida por su corazón, tome parte en su vida íntima? Todo esto, visto desde nuestra posición en el mundo, es siempre incierto e indeterminado.

Y aun después de una larga experiencia de la actuación del creador en el mundo, la solución, la última palabra de este diálogo permanecería tan indeterminada como al principio ya que aun entonces el Dios eterno tiene a su disposición posibilidades tan innumerables como al comienzo. Dios no necesitaría nunca decir su última palabra, su palabra definitiva en este drama sin fin, en este

diálogo incesante; podría encontrar siempre mil nuevas y sorprendentes respuestas a los que la humanidad, sobre el abismo de la nada, hace llegar hasta Él en el curso de la historia, ya sea como grito de alabanza o de queja.

Pero resulta que ha sucedido todo de un modo completamente distinto. Dios ha dicho su palabra última, definitiva, total, irreversible; la ha insertado de manera tan real en el mundo que ya no la puede retirar, ni la puede interpretar de un modo nuevo mediante otra palabra. Ha pronunciado la palabra definitiva, insertando en medio del mundo su propia palabra eterna, que lo expresa completamente, de tal manera que se ha hecho, en la carne de la humanidad, una pieza del mismo mundo.

Por el hecho de que esta palabra de Dios ha sido siempre igual a sí misma, y al mismo tiempo parte efectiva del mundo, Dios ha creado una realidad definitiva que ya no podrá retirar. El Dios eterno se ha determinado de tal manera que el mundo ha sido arrastrado definitivamente por su misericordia eterna y no tiene más fin que esta nueva meta, inalcanzable para él por sus fuerzas y sin embargo ahora suya propia meta, que es el mismo Dios en persona. Cuando decimos: «Y el Verbo se hizo carne», expresamos lo siguiente: el juicio no es la última palabra de Dios, sino más bien su misericordia; la última palabra de Dios no es la distancia infinita sino su proximidad indescriptible; no es su santidad aniquiladora y su inaccesibilidad, sino su indecible amor por el cual se da a sí mismo a alguien que no es Dios.

Pero si la palabra se ha hecho carne es porque una virgen de nuestra raza se ha arrodillado ante el mensaje del ángel y, en la libertad de su corazón, en el abandono total y sin reserva de su ser, ha dicho: «Hágase en mí según tu palabra.»

Dios ha querido este amor libre de su criatura como la puerta por la que hiciera su entrada en el mundo la palabra eterna del Padre, para asumir por toda la eternidad, en su propia vida, a este mundo. Así lo quiso hacer Él. Y por eso María, un ser de nuestra raza, es el vestíbulo de la misericordia eterna, la puerta del cielo, por la que verdaderamente hemos sido salvados, redimidos y acogidos en la vida de Dios.

Naturalmente que esta libertad de la Virgen, la palabra de su fe obediente, el asentimiento del mundo en María a su redención y a la cercanía de Dios, es una vez más una gracia divina que Dios otorga, porque Él mismo quiere venir; de tal forma que esa obediencia de fe, en sí misma, se apoya en el decreto insondable de la misericordia de Dios, de la que es el efecto y no la causa, la condición previa que Dios se forma en la libertad de su criatura, para venir a este mundo y la criatura aun conservando esa libertad se somete dócilmente a la gracia.

Pero cuando Dios, en la libre, inamovible y autónoma soberanía de su gracia da todo lo necesario, aun la misma Virgen, su amor, su libertad y su *fiat* libre, no quiere decir que ese *fiat*, a pesar de su carácter de condición previa puesta por Dios a su venida, no sea palabra de la Virgen misma. Cuando Dios da, cuando en su libertad de omnímada disposición otorga sus dones, todo lo que da, por ser el infinito, el todopoderoso quien da, se convierte precisamente en lo más auténticamente nuestro.

Cuanto el don de Dios es más grande y la dependencia de ese don (humanamente hablando) más completa, tanto más propio nuestro se hace. Todo cuanto la naturaleza, los padres, las circunstancias, los amigos, el azar, cualquiera otra persona fuera de Dios nos dé, no puede en ninguna manera convertirse en algo tan propio,

íntimo y personal nuestro como lo que el Dios eterno en su santa gracia nos comunica. Si Él da algo, ese algo nos pertenece verdaderamente; constituye realmente el ser concreto del hombre, y no a pesar de ser una gracia de Dios, sino precisamente en razón de este carácter, de esta gracia inagotable que no obtenemos más que por su libre misericordia.

Así pues, si Dios ha concedido a la santísima Virgen el que por su libre «sí» a la maternidad, abriese el mundo a la misericordia eterna de Dios, ese «sí» es verdaderamente, en lo más íntimo, su palabra y su actuación. A ella le pertenece inseparablemente; ella es y permanece con toda verdad para siempre la que por nosotros y por nuestra salvación y, en este sentido, en nombre nuestro, pronunció el *fiat* por el que la palabra de Dios se hizo carne. La maternidad divina de la Virgen es, por tanto, a la vez pura gracia de Dios y acto personal de María; no es una mera maternidad física, sino que constituye para María una gracia y una actuación que pone toda su persona, en cuerpo y alma, al servicio de Dios y de su misericordia redentora hacia los hombres.

Ahora bien, si esta maternidad divina pertenece, en cuanto acontecimiento personal de fe, a la historia de la salvación como tal, entonces María tiene por esa maternidad divina una relación real con nosotros que vivimos en esa historia de la salvación determinada por ella; María pertenece por tanto a nuestro credo y a nuestra piedad. Y cuando alabamos su maternidad divina no honramos solamente un privilegio que hace referencia a su existencia privada, un acontecimiento, que descansando nada más que sobre un suceso físico sea solo una especie de título jurídico, honorífico, que diría más sobre la unidad de las dos naturalezas en la persona única del Verbo

divino, que sobre María misma.

Cuando abordamos la maternidad divina de María en su sentido total, es decir, recogiendo en ella toda la realidad de María como perteneciente a la historia de la salvación, comprendemos en seguida que su maternidad nos concierne, que María, es, en verdad, nuestra madre. Comprendemos nuestro deber de glorificarla por todas las generaciones, pues lo que glorificamos –el Hijo de su seno bendito y su maternidad– es nuestra salvación.

No cesaremos de aclamarla, en nuestro corazón agradecido, con Isabel: «¿Cómo es esto, que la madre de mi Señor venga a mí?» Y no dejaremos de repetir: «Bendita la que ha creído que llegará a su cumplimiento lo que le fue dicho de parte del Señor.» Y podremos añadir por nuestra cuenta: felices nosotros porque ella ha creído. Y cada vez que volvamos a repetir en la oración: «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte» nuestra plegaria será una confesión de la santa maternidad divina de la bienaventurada virgen María, y volveremos a sentir el consuelo de nuestra propia salvación porque ella ha creído y, en su fe, en su cuerpo y alma, con todo su corazón, y en su seno bendito ha concebido a Jesucristo, nuestro Señor y salvación eterna, Amén.